



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## El altruismo echa fuera el temor

Exposición del Mensajero del Eterno

**E**L Eterno tiene todas las atenciones posibles e imaginables para ayudarnos a alcanzar la meta. Esta meta es la vida eterna. Como lo dicen las Escrituras: "La promesa que Él nos ha hecho es la vida duradera, la vida eterna." Naturalmente, la vida eterna sólo es posible en ciertas condiciones; no debe interponerse ninguna cosa que desgaste nuestro organismo. Hemos de estar siempre en el circuito, en la circulación de la vida de que participamos cuando estamos ocupados en realizar el programa divino.

Tenemos toda clase de testigos en derredor nuestro, que nos hablan de Dios y de la grandeza de sus obras. Si estamos atentos al lenguaje que hablan estos testigos para alabar la gloria del Eterno, podremos asociarnos con todo nuestro corazón a este concierto de alabanzas que se eleva por todas partes para celebrar al Eterno y cantar su poderío.

David tenía un corazón muy sensible. Él pudo comprender lo que le decían todos estos testigos de la majestad del Altísimo. Él estaba entusiasmado de los caminos divinos. Vibraba con el poder que se encontraba cristalizado en lo que veía en su entorno, y las maravillas de la naturaleza le arrancaban gritos de alegría. Él quería que todos estuvieran al unísono con su gozo, y por eso exclamó: "¡Los ríos batan las manos, prorrumpen en alegría todos los árboles del bosque para celebrar al Eterno y su ley magnífica!" Él vibraba con toda su alma con la ley divina y sentía toda su belleza.

Es necesario que nos penetren los mismos sentimientos de entusiasmo que David. Cuando entonamos cánticos, es preciso que lo hagamos con todo nuestro corazón, poniendo en ellos todas las vibraciones de gratitud, de afecto y de respeto de que somos capaces por el Señor, asociándonos enteramente a las palabras que cantamos. Si estamos distraídos, si cantamos de labios para fuera, entonces pronunciamos mentiras.

Todos los seres humanos tienen el mismo organismo. Lo que hace bien a uno, hace bien a otro también, y viceversa. Por tanto, si hay personas que alcanzan 120 años, todos los seres humanos podrían alcanzar esa edad. Si este no es el caso, es que hay una causa a tal anomalía. Si se aleja la causa, se alejará también la mortalidad precoz. Más aún, si se alejan las causas que hacen morir al hombre a la edad de 120 años, no hay razón para que no viva 150, 500, 1.000, 10.000 o 50.000 años. Conviene simplemente alejar la causa de la destrucción del organismo.

Esta es una de las cuestiones más serias que pueda plantearse delante del hombre. Por lo

tanto, es cosa primordial que conviene examinar con toda la atención que merece, a fin de dirigirnos del lado de la vida y no más del lado de la destrucción. Los caminos del Eterno nos procuran ayuda, socorro, vigor, vida duradera y continua, mientras que la línea de conducta actual de los seres humanos los lleva a la destrucción de su organismo.

Los seres humanos no tienen ninguna noción de la verdad, se mueven en un derrotero sombrío y tenebroso, lleno de errores y de mentiras; toman lo verdadero por lo falso y lo falso por lo verdadero. Ellos creen que la felicidad consiste en riquezas y en honores, y hacen esfuerzos extraordinarios para ganar dinero y un puesto de consideración. Su objetivo es atesorar; pero la mayoría de las veces, cuando lo consiguen, han arruinado su salud. Si bien han adquirido prestigio y notoriedad, han perdido su alma. Han trocado simplemente un buey por un huevo. Es de veras a un muy mal negocio a que los induce el adversario, que engaña a toda la humanidad.

Después de haber seguido quimeras, los humanos se encuentran con las manos vacías y con el corazón amargamente decepcionado. No obstante, son tan fuertemente fascinados por el dinero, que la mayoría de las veces su pensamiento se resume en estas palabras: "Si yo fuera rico." Forman toda clase de proyectos, a menudo desprovistos de sentido. Desconocen la ley de las equivalencias.

Nosotros mismos no estamos siempre conscientes de ciertas cosas, aunque estemos iniciados en la profundidad de la ciencia de los caminos divinos, y esclarecidos por la verdad. Sin embargo, a ciertos amigos les cuesta admitir que si están enfermos es a causa de las ilegalidades que han practicado. Quisieran hipócritamente que los compadecieran, haciendo valer todo lo que han soportado, lo que han sufrido, etc. ¡Sería más avisado si mirasen en el fondo de sí mismos, para darse cuenta de que pie el gato cojea, como se suele decir! Entonces se tiene la sana noción de las cosas, y no nos viene la idea de sentirnos incomprendidos, desdichados, abandonados o tratados injustamente.

He aquí el testimonio que da la cristiandad, porque le falta fe y confianza en el Eterno. Por lo demás, este era ya el caso en el seno del pueblo de Israel. Había toda clase de ceremonial. Vestían saco y ceniza para humillarse exteriormente, pero su corazón era duro y seco, y sin ningún arrepentimiento. Era la hipocresía expresada en toda su fealdad. Pero su corazón no los movía.

No fueron conmovidos por la benevolencia divina, ni profundamente contritos de su po-

breza y de su miseria. Entonces su corazón se hubiera enternecido, hubieran venido a ser agradecidos y apegados al Eterno. Este era el motivo de la institución de los ritos y figuras del tabernáculo, pero sólo comprendían la letra, y se les escapaba completamente la esencia que representaban estas cosas, porque su corazón era insensible.

La tribu de Leví tenía que desempeñar un ministerio de abnegación, y no tenía parte en la herencia de las otras tribus. Estas últimas tenían la obligación de subvenir a sus necesidades y darle todo lo que le hiciera falta, puesto que estaba enteramente ocupada en el sacerdocio. ¡Pero cuánto les costaba! ¡Cuántas dificultades surgían en las demás tribus, las cuales se hacían de rogar y arrastrar para cumplir con su deber, y que daban toda clase de pretextos para no cumplirlo!

Esta mentalidad es todavía ahora la de los seres humanos, porque su corazón está siempre sometido al mismo poder egoísta del adversario que en otros tiempos. No es extraño, pues, que la persona que desea vivir los caminos divinos sienta la oposición de todo el mundo, puesto que siempre ha sido así. Lo que sucedió en la familia de Jacob nos lo prueba. José tenía un corazón muy bien dispuesto por los caminos del Eterno, los amaba y se interesaba profundamente en ellos, y esto le valió el odio de sus propios hermanos.

La misma situación se representó con David, que era el más joven de la familia, y poco apreciado. Lo trataban como digno de poca consideración. Sólo lo veían útil para apacentar a los borregos. Por eso, cuando Samuel reunió a toda la familia de Jesé, no se dignaron llamar a David, que contaba muy poco entre los suyos. Sin embargo, era precisamente él que había sido escogido por el Eterno. Tuvieron, pues, que esperar su llegada para empezar la comida. Samuel no lo había discernido al principio. El Eterno le dio a entender que Él no mira la apariencia exterior, ni lo que el hombre considera, sino que mira el corazón.

En efecto, cuando el corazón está bien dispuesto, inclinado al bien y a la bendición, el Señor puede hacer en él su obra. Si queremos que el Eterno pueda emplearnos para su gloria, hay que amar la justicia y la rectitud, buscar la limpieza del corazón. Es preciso poner a un lado los principios egoístas, no sólo concentrarnos en nosotros mismos, sino al contrario, abrir nuestros brazos y nuestro corazón para acoger a los desventurados, para consolarlos, amarlos y socorrerlos. Es esta una magnífica gimnasia espiritual que permite una admirable circulación del espíritu de Dios en nuestro corazón.

Las gentes religiosas no tienen ninguna noción de las cosas verdaderas. Tienen incomprendimientos fantásticos respecto a la línea de conducta de un verdadero discípulo de Cristo. Es evidente que los que no quieren poner a un lado el egoísmo, no son capaces de comprender al Eterno, ni de discernir sus pensamientos y su mentalidad. Por eso ellos creen que el Eterno es un Dios vengativo que manifiesta toda su ira contra los seres humanos y que tiene en su corazón pensamientos de represalias contra ellos.

¿Cómo podría el Eterno, que es altruista, querer hacerle mal a quien sea? Si los seres humanos se conducen mal, y por este hecho son seres miserables e infelices, es seguro que el Eterno no quiere además echar leña al fuego. El no quiere intensificar los sufrimientos ya suficientemente atroces que los seres humanos soportan automáticamente como equivalencia de su manera de vivir.

La mentalidad divina es muy distinta, pero los seres humanos no la comprenden, porque su corazón está lleno de maldad y de deshonestidad. Por eso, en su primer capítulo, el profeta Isaías dice a los que no oran al Eterno en espíritu y en verdad: "Dejad de multiplicar vanamente vuestras oraciones; llenas están de sangre vuestras manos y lleno de iniquidad vuestro corazón; seguid caminos rectos y yo os acogeré." El Eterno no puede asociarse a peticiones egoístas, porque el resultado sería malo, y nunca se asocia al mal, de ninguna manera. A los que no quieren escucharlo, los deja seguir simplemente su camino, hasta que hayan reconocido la falsedad de su línea de conducta.

El pueblo de Israel fue maravillosamente rodeado de afecto por el Eterno. Había de representar al pueblo de Dios simbólico. Le bastaba con escuchar la voz del Eterno y seguir sus ordenanzas, así hubiera podido comprender el llamado del pequeño rebaño. Como lo dicen las Escrituras, la cristalización de la visión del profeta se hubiera manifestado para él de una manera gloriosa y sublime.

Fue lo mismo con el testimonio lleno de benevolencia de nuestro querido Salvador. ¡Cuántos desgraciados vinieron a él para hacerse consolar, ayudar y sanar! Cada uno de ellos recibió según su fe. El Señor Jesús resucitó incluso a muertos. Esto hubiera debido despertar una gratitud infinita en los que se habían beneficiado de tanta gracia y bondad, y un entusiasmo muy grande entre las gentes religiosas.

Pero en el corazón de estos últimos esto despertó la ira, los celos y una maldad espantosa. Sucede lo mismo en nuestros días. Cuando se manifiesta la luz, la reacción es exactamente igual entre las gentes religiosas de hoy que en el tiempo de nuestro querido Salvador. ¿Por qué razón? Porque los hay que quieren conservar sus prerrogativas y sus privilegios, hasta en detrimento de la verdad.

Los israelitas temían mucho a los romanos, y su temor era justificado, a causa de su infidelidad. Al ver las obras que realizaba nuestro querido Salvador en el pueblo, se temieron que su testimonio, que tenía mucha resonancia, causara disturbios y disgustase a los romanos, incitándolos a destruir Jerusalén. Por eso, el apóstol Juan muestra en su evangelio que el sumo sacerdote, cuando condenó a nuestro querido Salvador, se expresó en estos términos: "Es preferible que un hombre muera, y no que toda la nación perezca." Prefirieron matar a un justo, que arriesgarse. Esto no les

sirvió de nada, porque más tarde, bajo Tito, no fueron protegidos por los romanos a pesar de todas sus adulaciones. Tito tomó por asalto a Jerusalén, el templo fue quemado, y todo fue saqueado y destruido.

Es como para los que dejan las promesas divinas por las cosas del mundo; las más de las veces no logran lo que han deseado en el mundo, a pesar de todos sus esfuerzos. Se regresan con las manos vacías. Por otra parte, como han descuidado totalmente el llamado divino que les había sido hecho, son frustrados igualmente de él por culpa suya. Todo se les escapa de una vez, porque actualmente no es fácil lograr en el mundo el resultado esperado.

El adversario tiene algunos medios que él emplea a su antojo para dirigir a los pueblos a su manera. A los demás seres humanos no les queda otro remedio que inclinarse ante estos personajes y hacer los hipócritas para recibir una migaja; pero el resultado final es de todos modos la más absoluta decepción. Y los que dejan las cosas verdaderas para correr detrás de semejantes pompas de jabón, se encuentran después completamente despojados en todos los sentidos.

Lo que se temen los seres humanos actualmente, son los ataques aéreos. Un poco por todas partes construyen refugios subterráneos para preservar a la población contra los gases mortales que posiblemente el enemigo pudiera arrojar. Como lo he mencionado a menudo, estos refugios son refugios ilusorios; los que cuenten con su protección serán completamente decepcionados. En efecto, los que permanezcan al exterior serán envenenados en la superficie de la tierra, y los que bajen a los refugios subterráneos serán cocidos en estofado en su escondite. Lo seguro es que ninguno escapará; pues sólo los que temen al Eterno, y que procuren hacer su voluntad podrán escapar. Malaquías nos lo muestra cuando dice que para los que temen al Eterno saldrá el sol de la justicia con la salud en sus rayos.

El Eterno desea proteger a sus queridos hijos; lo ha prometido y El mantiene siempre fielmente todas sus promesas; quiere guardarlos a la sombra de sus alas. Esta es su voluntad, puesto que quiere que su Reino se establezca sobre la tierra, habiendo decidido que esto se manifestaría por la revelación de los hijos de Dios. Por tanto, tenemos delante de nosotros magníficas y gloriosas perspectivas; pero, para que se realicen a nuestro favor, es preciso poner a un lado todo lo que nos separa de la comunión divina.

Por lo tanto, despleguemos celo, hagamos lo necesario al seguir el camino que el Señor nos ha trazado, y sentiremos la bendición. Si nuestra fe es suficiente, la influencia del fluido vital puede entonces operar su acción en nosotros. El Señor nos dice: "Conforme a tu fe te será hecho."

El que tiene la fe, tiene el corazón abierto de par en par a la acción del fluido vital. Este fluido puede obrar poderosamente y comunicar su buena influencia a todo el organismo. El resultado de esta benéfica impresión se traducirá en un funcionamiento normal del organismo, lo que equivale a decir, a la desaparición de todos los principios mórbidos, o, dicho de otro modo, se manifestará la curación.

El Señor ha protegido, guardado y bendecido a todos los que confiaban con él. Respecto a nosotros, él nos ha ayudado constantemente

con una benevolencia inefable, y nunca nos ha faltado nada. Cuando el Señor preguntó a sus discípulos si les había faltado algo, ellos tuvieron que responder: "Nunca nada, Señor." Si el Maestro nos hiciera esta misma pregunta, tendríamos que darle la misma respuesta.

Nuestro querido Salvador conduce nuestra barca y tiene cuidado de nosotros; pero, naturalmente, no quiere tener cuidado de aquellos a quienes no les importa su ayuda, y los deja hacer sus experiencias. En efecto, los hombres son seres inteligentes que deben poder escoger entre el bien y el mal; si ellos escogen el mal, se destruyen, pero si escogen el bien, atraen a sí la bendición y la felicidad.

La verdad nos protege, nos lava, nos purifica, nos educa y nos salva. Ella llena nuestro corazón de gozo y de esperanza. Nuestro querido Salvador les dijo a los judíos que se habían acercado a él para recibir su testimonio: "Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres." La verdad tiene un grandioso poder, realiza una maravillosa acción sobre el que procura vivirla.

Las Escrituras nos enseñan que el amor destierra el temor. Mientras nos amamos a nosotros mismos egoístamente, y cuando tenemos una fuerte tendencia a buscar satisfacciones personales, sentimos temor; siempre tememos no poder realizar nuestros deseos. Cuanto más egoístas somos, más estamos bajo la acción del temor. Tan pronto como el altruismo empieza a arraigar en nosotros, el temor disminuye; finalmente acaba por desaparecer completamente cuando el egoísmo es vencido.

Cuando la influencia del altruismo ha podido ejercer su acción bendita en nuestra alma, desaparecen una multitud de sentimientos que eran pesadas cargas sobre nuestros hombros, y una cantidad de principios disgregantes son eliminados de nuestro corazón. Entonces no sentimos más temor, el cuidado del mañana desaparece de nuestra alma, nos encontramos a gusto en todas las situaciones; experimentamos que estamos en las manos del Eterno, y que El dirige todo para nuestro mayor bien. Busquemos, pues, el altruismo, la pureza del corazón, a fin de sentir la protección del Eterno. Corramos con perseverancia en la liza, a fin de conseguir la meta de la alta vocación celestial, o la de la vida eterna en la tierra, por la gracia divina.

## Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos desplegado celo, entusiasmo, respeto y apego al Eterno, y sentido así toda la aprobación divina?
2. ¿Cuáles han sido nuestros reflejos frente a la contradicción y nuestros éxitos en el ejercicio de la bondad y de la humildad?
3. ¿Hemos suprimido toda oración egoísta y abrimos nuestro corazón amablemente al prójimo para socorrerlo, amarlo y consolarlo?
4. ¿Han perdido todo atractivo para nosotros las cosas del mundo, a causa del valor que, ponemos en las promesas divinas?
5. ¿Estamos de acuerdo que nunca nos ha faltado algo, a causa de la bondad del Señor?
6. ¿Desaparece el temor de nuestra alma, porque expulsamos de ella todo egoísmo?